

LOS QUE ENCONTRÉ EN EL CAMINO

Por CAMILO GEIS, Pbro.

Mosén FEDERICO MARTÍ ALBANELL

Muy joven, me familiaricé con la firma de Mosén Federico Martí Albanell, a través de las páginas semanales del periódico olotense "El Deber", del cual, todavía seminaristas, éramos ambos colaboradores. No que ninguno de los dos fuese olotense, pero ambos estábamos vinculados, quien de una manera, quien de otra, a "la muy leal ciudad" o a su comarca. El había nacido en Torelló, en 1902; había cursado los primeros estudios eclesiásticos en la levítica ciudad de Vich, pero, de resultas de un desplazamiento familiar, había acabado dicho estudio en el seminario de Barcelona; con todo, tenía una debilidad afectiva por la ciudad de Olot, de donde era oriunda su familia y donde residían todavía familiares suyos, entre los cuales pasaba gran parte de sus vacaciones estudiantiles. En sus periódicas y largas estancias en la ciudad montañesa, había trabado allí amistad con diversos artistas y hombres de letras de la localidad; apasionado por la investigación histórica, había hurgado muy pronto en los archivos de aquella ciudad; fruto de sus investigaciones, fueron muy pronto los artículos que publicó en la prensa local, principalmente en las citadas páginas hebdomadarias de "El Deber". A pesar de haber sido compañeros de colaboración, ya desde estudiantes, en dicha revista olotense, no nos conocimos personalmente hasta muchos años más tarde, ambos ya sacerdotes. Le conocí, y trabé fuerte amistad con él, precisamente en Sabadell, donde vino a ejercer el cargo de Vicario, en la misma parroquia donde entonces hacía pocos años que yo residía.



Por poco tiempo que Mosén Martí Albanell pasara en una localidad, siempre dejaba algún recuerdo de sus investigaciones en los archivos locales. De su paso por la ciudad de Olot, queda, además de muchos artículos publicados en la prensa local, el libro “Els Olotins a la Universitat de Cervera”, que la Biblioteca olotina incorporó a su colección de publicaciones de interés ciudadano y comarcal; de su paso por la Parroquia del Vendrell, quedaron dos monografías publicadas por la “Imprenta Ramón” de aquella villa: una titulada “L’Altar Major de l’Església Parroquial del Vendrell”, dedicada a la memoria de su escultor, Lluís Bonifás, en el segundo centenario del nacimiento del ilustre artista; otra, titulada “L’Orgue del Vendrell”, en ocasión de la restauración del antiguo órgano de aquella parroquia, cuyos gastos acababa de costear el insigne artista vendrellense Pablo Casals, a la memoria de su padre, que había sido organista de dicha iglesia parroquial y cuyas manos tantas armonías había arrancado de los teclados del antiguo órgano; armonías que seguramente habían despertado las primeras emociones musicales en la niñez del futuro violoncelista de fama mundial; del paso por Sabadell de Mosén Martí, quedó la notabilísima monografía parroquial, publicada por la “Biblioteca Sabadellenca”, con el título de “Notes històriques de la Parròquia de Sant Feliu”, reiteradamente citada por los historiadores locales; de su paso por el Montseny, en su calidad de Ecónomo de la parroquia de San Esteban, quedó la monografía “Notes històriques de la Parròquia de Sant Esteve del Montseny”.

Además de las publicaciones citadas, dejó otras. Dudo que tenga la ficha de todas. En mi biblioteca se encuentran: “Compendio de la vida de la Sierva de Dios Sor Eulalia de la Cruz (1669-1725)” y “Balmes Periodista”.

Publicó también muchos artículos de carácter histórico en diversos periódicos de la época.

Mi relación con este erudito sacerdote —relación casi confidencial— fue constante hasta los primeros estallidos de la persecución religiosa de 1936, de la cual fue una de tantas víctimas cínicamente sacrificadas.

La Colonia Güell, cuya feligresía regentaba en sus últimos años, una vez restablecida la paz, le dedicó una calle, previa una solemnesión necrológica, presidida por el ilustre patrio Manuel Follguera y Durán, a la que yo tuve el emocionado honor de tomar parte activa. Era de una bondad y de un optimismo sencillamente franciscanos.

Don EDUARDO MARQUINA

Conocí personalmente a don Eduardo Marquina en el escenario de los Juegos Florales de Barcelona de 1933, conmemorativos del centenario de la célebre “Oda a la Patria”, de Aribau, que los historiadores han señalado como punto de partida del renacimiento literario de Cataluña. Yo subía al estrado a recoger uno de los tres premios ordinarios —la “Viola d’Or”—; él era uno de los siete tradicionales mantenedores. Marquina, en calidad de mantenedor foráneo —como era de protocolo en la veterana institución— fue el encargado del Discurso de Gracias, que a pesar de los muchos años que llevaba fuera de Cataluña, lo redactó en un catalán

impecable, como puede comprobar cualquiera repasando el volumen de trabajos del certamen de aquel año.



Pero trabé amistad con él, en su casa veraniega en Cadaqués, diez años más tarde, en ocasión de un gran certamen literario —bilingüe— celebrado en Sabadell, de cuyo jurado él fue mantenedor-presidente. Le acompañaban conmigo en el jurado: el doctor Tomás Carreras Artau, gerundense, a la sazón, consejero de cultura del Ayuntamiento de Barcelona, el doctor Antonio Griera, Juan Arús, Joaquín Sallarés y el joven periodista local José M.^a Arnella, prematuramente fallecido. Previo acuerdo con don Eduardo Marquina, nos desplazamos, unos días antes de la fiesta literaria, a Cadaqués para ultimar, en su casa veraniega, el veredicto. Vino después él a Sabadell a presidir el certamen, y, en su discurso presidencial, glosó una página cervantina, de una manera magistral. De este magnífico discurso, titulado “El Poeta y los hombres”, existen tres ediciones: la que forma parte integrante de la reseña del certamen, publicada en la prensa local, y otras dos, a parte

—una popular y otra de bibliófilo—. Diremos, de paso, que en este certamen afianzó su prestigio literario la poetisa Pilar Tous de Cirera, que obtuvo la Flor Natural con su colección de poesías *Figures i Paisatges*, de la que se hizo una edición de muy pocos ejemplares —que no se puso a la venta— ilustrada por Ricardo Marlet y costada por el padre de la Reina de la Fiesta, Alcalde de la ciudad, don José M.^a Marcet. También se reveló como inspirado poeta en aquella fiesta el hoy ilustre crítico y humanista mallorquín, catedrático de la Universidad de Valencia, Miguel Dolç.

En aquellos días, acababa de salir de la imprenta mi libro *ROSA MISTICA*. Me trajeron los primeros ejemplares en la mesa de la cena de la fiesta, y dediqué uno a don Eduardo Marquina. No pensaba que se acordara más de mí, y, no obstante, al cabo de un tiempo, pasado el verano, de vuelta ya a Madrid, me mandaba un libro suyo, acompañado de una afectuo-

*A mossen Camil Feix
Sacerdote y poeta
dos veces ungiólo por
Dios
devotamente
E. Marquina*

AVISOS Y MÁXIMAS
DE SANTA TERESA DE JESÚS

*En pago a tu "Rosa Mística"
panel de vidrieras atenuas,
toma este ramo de flores
de los huertos de Teresa;
sé que así, gracias a Dios,
pago con buena moneda;
todo el ramo es de la Santa;
mía, tan solo la cuerda.*

E. M.
~~Cadaqués~~
Septiembre - 1943.

sa dedicatoria, en inspirados versos.

Este ilustre poeta y dramaturgo nació en Barcelona el 21 de enero de 1879. Educado en el Colegio de los P. P. Jesuitas, esgrimió las primeras armas literarias en el seno de la Congregación Mariana. Manuel de Montoliu en un artículo publicado en el "Diario de Barcelona", a raíz de la muerte del poeta, decía: "Marquina había de sufrir, en los primeros años de su juventud, ese sarampión de las ideas subversivas y demoledoras —hace alusión a las corrientes de la época— que pronto habían de desaparecer de su cerebro..."

Citar su copiosa bibliografía, sería reproducir páginas enteras de la "Enciclopedia Ilustrada, Espasa-Calpe", del "Diccionario de la Literatura Española", publicado por la "Revista de Occidente" de Madrid, u de otra enci-

lopedia. A título de inventario, recordaré que Marquina es reiteradamente citado en "Historia de la Literatura Española", de A. Balbuena.

Perteneció a la Real Academia de la Lengua Española.

Murió este ilustre poeta, dramaturgo y novelista el 21 de noviembre de 1946. Había ido a Colombia, para asistir, como embajador extraordinario del Gobierno Español, a la toma de posesión del Presidente de aquella República. Cumplida esta misión, visitó otras repúblicas hispano-americanas, en las que dio conferencias y recitales poéticos. Se trasladó luego a los Estados Unidos, donde sufrió una pulmonía, y, cuando se hallaba en franco restablecimiento, en Nueva York, murió de una afección cardíaca. Su cadáver fue traído a España y trasladado a Madrid, donde se celebró el entierro, que adquirió caracteres de sentida manifestación de duelo nacional.

Era un enamorado de nuestro Mediterráneo, de nuestra Costa Brava, donde pasaba los veranos, en su magnífica finca de Cadaqués. En ella vive su viuda, conservando la llama del recuerdo del poeta. Allí la visité el pasado verano, y me recibió en la misma sala donde nos había recibido años atrás don Eduardo para ultimar el citado veredicto.